



El Mercurio Santiago 663630  
23-1-1977 P.Y.

## ÓBRAS Y AUTORES

# Homero Bascuñán: De los Días Perdidos

Por Hernán del Solar

Luis Sánchez Latorre desmiente el lugar común de que los prólogos casi nunca dicen nada. Al menos éste es una excepción. Dice mucho al prologar la obra de Homero Bascuñán *De los días perdidos*, que publica Nascento. Son páginas que conversan con asombro cordialmente acerca del autor, de sus amigos, de los oficios que ha soportado durante largo tiempo, con el deseo de escapar pronto, y de otros vividos con alegría amistosa entre leales compañeros, libros que nunca olvida, azares de buena cara.

Sostienen algunos que no se debe hablar de la vida de los autores y que la obra es, al fin, la dicharachera. Aunque sea un libro hermético. Entonces el lector dice calladamente lo suyo y, si es un crítico, cuenta cosas que al mismo autor le asombran. Pero esto no puede suceder con Homero Bascuñán. Se trata de un libro directo, claro, evocador de un pasado que se vuelve presente en sus páginas. Sánchez Latorre se limita a subrayar este hecho simple y castivante: un escritor narra circunstancias de su existencia, a veces con sus inesperados alrededores, y no trata de ejemplificar, de ser un guía de la conciencia de otros, porque lo único que pretende es narrar lo suyo y lo ajeno sin mestizarse, como en voz baja, como cuando se está solo y se reuerda.

Lo biográfico que fecha el prólogo sitúa el nacimiento del autor. "Nació —nos dice— el 8 de octubre de 1901 en el mineral de Tamaya, provincia de Coquimbo. Hijo de minero, cursó la segunda preparatoria y hubo de dejar la escuela primaria para atender tan tempranamente, gracias al 'establishment', necesidades ineludibles de la familia. De allí en adelante su vida es el más rico repertorio de oficios (la única riqueza de los pobres) que inventariarse pueda". Todo lo demás, realmente valioso, se encuentra en el libro. Lo captamos desordenadamente, como en la vida, a través de la marejada de sucesos, y podemos así estimar debidamente al hombre. El libro no tiene el paso disciplinado de la biografía, que siempre le da una mirada de solaya a la historia; no marcha al son de bombos y tambores, simplemente ca-

misa, vaga, y no quiere otro aplauso que el dado por el propio recuerdo.

Sabemos que el escritor lee conscientemente, con alegría, y que el autor que le ha subyugado es Giovanni Papini. Del gran italiano ha recibido tal vez la limpia creadora. Y el allán investigador de los innumerables problemas vitales. Le preocupa la suerte del hombre. Va observándolo detenidamente. Se interroga y procura responderse. Lo adver-timos a través de estas páginas.

Cada narración es un chispazo que ilumina un instante humano. No obstante su brevedad, queda mostrada una vida de hombre representada en un gesto que le era habitual, en una palabra muy suya, en la fugacidad de una alegría, de un dolor, de un deseo que luego en la intimidad se encierran, desaparecen para los demás, son un secreto. En cada relato, tan corto siempre, de apenas unas páginas, se ve el punto de partida de una novela. No se desarrolla, se insinúa pasajeramente, pero, sin embargo, todo queda dicho, se entra en la imaginación de los lectores a vivir plenamente. Excelente escritor que sabe callar, decir con exactitud lo necesario, sugerir particularidades. A veces, conocimiento de buena y sencilla literatura; a menudo con giros populares, vocablos callejeros, incorporados al contexto con soltura, con socarrona elegancia. Lo que importa a Homero Bascuñán es la vida tal como él la conoce, la ha vivido y visto vivir. Enlucos domina con naturalidad sus expresiones. Nunca deja que las palabras suban muy alto, bajen muy bajo.

Los mineros, acompañantes de su intimidad —ya se acerquen en la evocación o casi se desvanezcan en los años— se hallan como dentro de su sangre, y el escritor escucha sus latidos, sus intermitencias, sus aceleraciones o su calma. Recuerda con ternura las minas de Tamaya y todo lo que fue suyo. "Mi padre, viejo píquiner; 'Dije', mi gato regalón; 'Pituco', el perro de la casa; el tordo guacho que se pasaba por el patio y el pequeño jardín 'descubriendo' con el alido el movimiento de las lombeicas bajas la Sierra húmeda, que tanto speleía, y junto a la artesa, restregando la ropa y cantando antiguas canciones, mi madre, ahogada y sufrida como todas las mu-

jeres humildes de las minas y de las sierras". Estas imágenes resplazan a menudo, sobre todo la maternal, firmemente despierta en su interior. Todo lo vivido es propiedad de su comprensión, de su ternura, de su alma, pero lo es también de la literatura, de ese arte que es incessante resurrección de lo que, para cada uno, fue.

Si los mineros aparecen iniciándole en la vida, enseñándole a sobrellevarla, dirigiéndole con la naturalidad del hombre para el niño, la verdad es que el repertorio de los amigos de Bascuñán es muy amplio, vivieron o murieron en las más apartadas zonas del país, quedaron guardados en la amplitud de su perro. Son amigos de la más variada naturaleza, pero todos le dieron su amistad y de él la recibieron. Una experiencia vital riquísima, que le rebasa y, para bien nuestro, va al libro. Por la segunda década del siglo recuerda a los buzos espectáculos teatrales que vieron hasta los pampinos: Reles, Olga Donoso, Quevedo, el tony Chalupa, Pedro Navia, Manolita Fernández, los huissos de Chincolco. Era joven el escritor y no perdió tales recuerdos. Todavía le acompañan. Algunos, como Jorge Quevedo, también pampano, es diviso —muerto ya— perdido en la pampa de hace cuarenta años recitando versos de su juventud.

Una de las estampas sobresalientes del libro la tenemos en su amistad con Antonio Acevedo Hernández. En breves líneas lo pinta de espino entero, lo exalta justicieramente, situándole en un alto lugar de la literatura y de la humanidad. Hay otros escritores que se han conquistado su inquebrantable estimación: Nicomedes Gómez, Filebo, Luis González Zenitano, Jacobo Dunker, Coloane, y muchos que una y otra vez se repiten en su memoria.

Los viejos tangos están en un querido rincón de sus predilecciones. Con ellos viven quienes los cantaron, y todo un largo troche de los hombres de su edad. Pero el material *De los días perdidos* es toda una biblioteca histórica, sentimental, chilena, profundamente humana. Homero Bascuñán es un escritor que no hace bullicio, y se lo tiene sobradamente merecido. Digamos clara y sinceramente: lean su amenísima obra y no habrán perdido los días de su lectura.

# **Homero Bascuñán, De los días perdidos [artículo] Hernán del Solar.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Solar, Hernán del, 1901-1985

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1977

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Homero Bascuñán, De los días perdidos [artículo] Hernán del Solar.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)